

Publicado en LA MEDICINA IBERA, núm. 944,  
correspondiente al 14 de diciembre de 1935.

---



## El folklore médico peruano

por el Dr. JUAN B. LASTRES

El X Congreso Internacional de Historia de la Medicina, celebrado en Madrid, tuvo como una de las principales ponencias el estudio del folklore en los diversos países. Las numerosas comunicaciones que se presentaron demuestran la importancia de esta rama, poco explotada hasta el presente, y que representa campo virgen a la investigación.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos  
Facultad de Medicina  
UBHCD

En el Perú, ya lo hemos dicho, la constitución social del indio, sus arraigadas creencias, su idolatría proverbial y esa constitución psíquica *sui generis*, ofrecen características peculiares para su estudio. No creemos por esto que sea distinto del folk-lore de los demás países; las tendencias instintivas del hombre conservan siempre alguna semejanza, pero el contorno geográfico, el localismo, imprime ciertas características al estudio del folk-lore. En esto, no más, hallamos la diferencia, que, por lo demás, en ciertas prácticas, llega a ser esencial.

Garrison ha dicho (1): «La leyenda popular es una unidad esencial. La inteligencia del hombre salvaje, en sus patéticos esfuerzos para establecer los sistemas éticos y religiosos que sirvan de guía moral y espiritual o para embellecer el aspecto vulgar de la vida con el romanticismo y la poesía, ha recorrido siempre las líneas de menor resistencia, siguiendo siempre las mismas etapas progresivas.» Los carriles de la inteligencia popular no se apartan grandemente de los puntos elementales, pero demuestran siempre un concepto práctico de la vida y una concepción simplista de los fenómenos vitales.

Se ha dicho que «el indio es una esfinge de dos caras: con la una mira al pasado y con la otra al presente, sin cuidarse del porvenir» (2), y en realidad es así. El eclipse a que lo condenó la conquista ha hecho que se concentre, que se torne negativista, y sólo se preocupe de su «yo» interno, sin analizarse sino muy superficialmente. Es esquivo y receloso para con los extraños, y sólo está bien a tono entre los suyos, en la intimidad del «ayllu», en la que da rienda suelta a su idolatría...

Dice Cieza (3) que los incas eran muy vivos de ingenio y tenían gran cuenta, sin letras, porque éstas no se han hallado en estas partes de las Indias. En realidad sucedía esto principalmente con las clases nobles, las más ilustradas, pero aquella cualidad se ha restringido notablemente al presente, pues pesan sobre su raza cuatro siglos de vasallaje. «Pusieron en buenas costumbres a todos sus súbditos..., tenían grande cuenta de la inmortalidad del ánima y con otros secretos de la naturaleza. Hicieron grandes templos al Sol soberano; y engañados del demonio, adoraban en árboles y en piedras, como los gentiles» (Cieza, ob. cit.). Vemos cómo el fundamento principal de sus creencias era la idolatría, y cuán variada era la dirección que tomaba ella, según las diversas comarcas del gran imperio. Curioso es a este respecto la costumbre que cuenta Acosta, el muy verídico Padre (4), que entre los bárbaros existía «otra ofrenda no menos donosa, que es tirarse las pestañas o cejas y ofrecérselas al sol, o a los cerros y apachitas, a los vientos o a las cosas que temen».

La evolución mítica en el imperio del Tahuantinsuyo se verifica en igual forma que en todo pueblo primitivo. La concepción simplista de los fenómenos naturales les lleva a idéntica idea respecto a lo inmaterial; creían que el alma residía en algunos órganos o partes del cuerpo, como las uñas, los cabellos, la saliva, etc. (5).

Formando el sol elemento cosmogónico por excelencia de la rudimentaria astronomía indiana, constituía parte integrante de la divinidad. A él se le dedicaban templos suntuosos, a él se dirigían las plegarias y súplicas, y él podía remediarlo todo, los males del cuerpo como los del alma.

«Donde hay sol, las enfermedades huyen» (6). Sol, calor, fuego, elementos naturales que purifican el cuerpo. Todas las súplicas comenzaban casi siempre dirigidas al Padre Sol.

La luna goza de menos preeminencia. Su resplandor misterioso y nocturno ejercía influencia sobre el espíritu angustiado del indígena. Sus ciclos interrumpidos influenciarían sobre enfermedades paroxísticas, que coincidieran con su aparición. Las jaquecas, los períodos menstruales, los accesos convulsivos, etc., tienen la influencia de esta pequeña hermana del sol.

El indio es hipoestésico hereditariamente; y esta hipoestesia al dolor físico marcha *pari passu* de su hipoestesia moral. Sin embargo, hay observaciones empíricas, que vienen a probarnos lo contrario, pero que, naturalmente, no excluyen la regla de la gran mayoría. Así, Encinas (7), en su tesis, dice: «Pero aquella observación de la insensibilidad física, no siempre es característica y persistente en el indio, porque siendo éste un sujeto esencialmente afectivo, la sola presencia de los instrumentos de cirugía lo descentra...»

Hay observaciones populares referentes a la sensorialidad indígena, que, aunque no tienen el control rigurosamente especializado, por lo menos nos orientan sobre su agudeza. Dice Romero (8), p. ej., en un estudio monográfico sobre el Departamento de Puno, que los indios tienen una visión admirable, superior a la normal, según experiencias (?) hechas por las misiones científicas. Ven, se dice, una vicuña a dos kilómetros, a pesar de que su color puede muy bien confundirse con el de los matorrales. Lo mismo hace con la viscacha gris, cuyo color

no se diferencia grandemente de las rocas en que vive. Y añade más allá: «Sus ojos, acostumbrados, no solamente a la luz del sol, sino a la de la noche, les da un instinto admirable para caminar sin brújula sobre el lago, o sobre las extensas pampas en las lóbregas noches...»

Igualmente vivaz es su agudeza auditiva. Sienten el granizo cuando aún está lejos de la tierra; sienten el resonar del viento cuando éste aún no sale de sus cuevas heladas. «Parece que tuvieran una antena misteriosa que recibiera vibraciones del infinito.»

Sobrio en su alimentación, usando generalmente la coca, que le da una fuerza misteriosa, para recorrer las abruptas quebradas de los Andes, su figura ha sido motivo de sendas leyendas y variadas apologías. Desde la más tierna infancia experimenta toda clase de privaciones, enfrentándose al clima y adquiriendo una constitución robusta. Choquewanka (9), que establece la psicología del indio, dice que por su temperamento sano, «tiene completa expedición en sus facultades mentales y en las orgánicas; y por esto es que son muy raros los mudos y los dementes.» Esta opinión es bastante exagerada, por venir de lado empírico; bien es verdad que Ulloa afirma ser poco frecuente en ellos la apoplejía cerebral, opinión que comparten Clavígero y Callancha, pero no es menos cierta la fragilidad del cerebro indígena a los ataques de la encefalitis epidémica, cuya introducción en el territorio data de 1919, y en la actualidad es endémico en la sierra el parkinsonismo postencefálico (10).

En el keshua, la materia encefálica o «sesos» está encerrada dentro de la armazón craneana, y el conjunto se designa con la palabra Uma (11).

El desarrollo excesivo de esta caja craneana se designa por Uma-sapa, o cabezones, en el Departamento de Apúrimac (12), que en el vulgo va unido a déficit de las facultades mentales. Probablemente designen con esta misma expresión los macrocéfalos, los hidrocéfalos y la acromegalia. El extremo opuesto sería la Hutsul'a Uma, o cabeza sumamente chica, sinónimo de microcefalia y reducción notable de la capacidad del vulgo en un peligroso fantasma terapéutico. La sola indicación de ella lleva a su rechazo inmediato, aun en la gente que tiene cierta cultura. Y es que existe la creencia de que el líquido extraído no se vuelve a formar, y, por lo tanto, queda la medula espinal en el vacío. Se dice vulgarmente: se «seca la medula», y los fenómenos nerviosos que padecía el paciente se agravan. Hubo un caso muy pintoresco, que nos relató lo siguiente: Que anteriormente, en el Callao, se le había practicado una raquicentesis, «y junto con el líquido le habían extraído un trozo de medula», acentuándose desde ese entonces los trastornos nervioso que aquejaba en las extremidades inferiores. Hay que advertir que era un alcohólico inveterado.

La epilepsia y la histeria tienen la misma etiqüete en el vocabulario keshua, el *Aya-huaira*, y bien se comprende la confusión que existió en los mismos clínicos para diferenciarlas. Valdizán, en su citada obra, dice: este «aya-huaira» es considerado de gravedad excepcional, y para atenderlo echan mano nuestros curanderos de la gran diversidad de sus remedios; emplean preferentemente el corazón, la sangre y los pulmones del zorrino (13), la sangre del buitre, el oropimente (sulfuro amarillo de arsénico), los polvos

obtenidos por trituración de algunos rodados esféricos, llamados soncco-rumi (soncco, corazón, y rumi, piedra), que se encuentran en la cordillera de Huanso, en Cotabambas.»

Terapéutica parecida empleaban los indígenas de algunas Indias Orientales, los que creen que la epilepsia puede curarse golpeando al paciente en la cara con las hojas de ciertos árboles; arrojándolas después al suelo, dicen que la enfermedad ha pasado a las hojas, y que con ellas se ha arrojado también la enfermedad (14).

Los síndromes parkinsonianos, muy frecuentes en nuestras serranías, son englobados bajo el término general de parálisis. Curioso es el relato que nos hizo un indígena procedente del Cuzco, que desde hacía seis años padecía de su parkinsonismo. «Durmiendo mal, mal comido y mal vestido», en una choza de la montaña (Yauyipata), medio soñoliento, le pasó un sapo grande sobre su cara, penetrando después a un agujero. Lo quiso matar, pero se le escapó. A las dos semanas de este episodio comenzó su enfermedad, con hipersomnia y síntomas extrapiramidales. Sospecha que el sapo haya tenido veneno, pues cuando despertó tenía la cara mojada del lado donde había sentido al sapo (15).

Olano, buen conocedor del keshua, cree que los prácticos del Imperio, no solamente conocieron de procesos nerviosos, sino que también diagnosticaron procesos funcionales psíquicos, como la neurastenia y psicastenia, que englobaron con el nombre *mancharisca* (susto), curándolas en muchos casos mediante sugestión.

En el Departamento de Ayacucho, en la parte del pueblo, llaman a la paroplejia *succhu*, como en casi todos los sectores de lengua keshua.

Creen muchos de ellos que es debida a la acción de la hechicería. Esta la practican bajo la forma de brebaje, para atacar a un órgano con objeto de destruirle y darle función diversa.

En el mismo Departamento llaman uncu-ner-  
vioma a la enfermedad de los nervios, creyendo  
proviene para algunos del sufrimiento. Otras ve-  
ces dicen : *Piensas hanmatta uncan*, que signifi-  
ca : del pensamiento proviene la enfermedad de los  
nervios.

La Tierra, lo mismo que el aire, el Sol y los  
fenómenos celestes, tienen gran influencia en la  
génesis de la enfermedad. Se dice en Ayacucho :  
*Pacham-Chasquirccom*, «que le ha recibido la tie-  
rra», o que la tierra ha influenciado sobre él.  
El *pachacc happiscam*, o cogido por la tierra, es  
el sinónimo de la apoplejía cerebral. Cuando un  
individuo sube a las grandes alturas y pernocta  
al borde de un cerro, puede amanecer con cefa-  
lea o parálisis de alguna parte del cuerpo, pues  
el aire y la tierra del lugar han convergido a  
desencadenar este proceso.

Desde los tiempos primitivos, la visión fué atri-  
buto divino, considerándose en desgracia de los  
dioses aquellos que la perdían. Esta amaurosis  
punitiva, fué empleada para castigar delitos en  
ciertos personajes (16) ; Urteaga dice : «La visión  
da el conocimiento, la percepción de las cosas  
genera la idea, el juicio, la razón. El ojo fué el  
signo invisible de la sabiduría. La pupila fué pa-  
ra el indio peruano el símbolo del más alto atri-  
buto de su Dios.»

El sapo y el zorrino, muy diferentes entre sí,  
pertenecen a la mitología popular, y se tejen so-  
bre ellos las más variadas leyendas. Sirven tanto  
para iniciar el proceso como para curarlo, en mu-



chos casos. La abundancia de ambos y su aparición en veces fugaz, incita la curiosidad y la imaginación del indígena, de suyo propenso a la superstición. En Arequipa cuenta Escomel (17) que utilizan mucho el sapo para producir esa enfermedad de la piel, la pinta o *Ccara*, y los sin ventura elegidos para tal coyuntura quedarán pintados en la misma forma que el sapo originario. El mismo autor agrega más adelante que ha encontrado semejanza histológica entre las manchas de algunos enfermos y la de los sapos, en especial los que habitan los cerros.

Es de muy mal augurio encontrarse con un sapo o pisarle, pues seguramente acaecerá algún fenómeno en la piel o en su sistema nervioso. Acabamos de decir que del estudio del sapo americano (Bufo aqua), se ha podido aislar dos alcaloides: la bugagina y la epinefrina, explicándose ahora perfectamente la acción de este animal sobre ciertas hidropesías, principalmente en aplicación externa, con una serie de prácticas supersticiosas.

Romero (18), describiendo el folklore de Puno, dice: «Anoche tuvimos la desgracia de pisar un sapo... Hy de seguro ns thincará... Cuando el sapo thinca, se levanta sobre el cuerpo una granulación esculenta, febril, dolorosa (fenómenos anafilácticos). Es que el sapo, dolorido, ha lanzado por el aire, invisiblemente, alguna ponzoña. Aquel animal repugnante chupa la sangre del hombre...»

Desde Oviedo (19) se nos habla de animales pequeños, «como chiquitos gozques pardos», refiriéndose al zorrillo.

En la cultura Nazca (II época, preincaica),

existen muchos huacos con representación del zorro, casi siempre estilizado (*Canis azarae*).

El zorrino, que los indios llaman añaz, es un poco distinto del zorro, y casi todos los autores antiguos establecen confusión a este respecto. Los españoles empleaban el nombre de «raposa» o «zorra», para designar, no solo al *canis azarae* (*atokh*), sino también los *Mephitis sps* (añaz o añatuya) (20).

Sea como sea respecto a las diversas opiniones sobre la especie, es lo cierto que estos añases están profusamente repartidos en el territorio, y que la orina de ellos tiene un mal olor, que se difunde rápidamente, existiendo la creencia popular de que puede producir ella sola numerosos procesos patológicos. De muy antiguo, por ejemplo, encontramos la siguiente relación: «... y hay otros como zorras, que llaman los indios añaz (*Mephitis americana*), que son pintados de negro y blanco, y es cosa notable el mal olor que de sí echan con la orina, que en tanto extremo es, que si con ella acientan a alguna persona, viene a enfermar y darle calenturas, porque trasciende en demasía ya cualquier cosa que toca...» (21).

La siguiente descripción, hecha por un enfermo que ocupaba la cama núm. 34 de la Sala de San José, del Hospital de Lima (en mayo de 1935), es de un alto valor folklórico. Seis días antes de ingresar al Hospital tiene parálisis súbita del III par craneal derecho, con ligera excitación del V, a *frigore*. Atribuye este padecimiento a lo siguiente: a los quince años, cazando viscachas, se acercó al agujero donde se había introducido el animal, y precisamente allí había un zorrino, el cual le orinó en la vista, teniendo

inmediatamente fuertes ardores. Nos describe al zorrino como muy frecuente en la provincia de Aymará y Chalhuanca; es como un perro pequeño, de piel negra; anda generalmente por la noche, y de día duerme. La orina, dice, es nociva para la vista; y la proyecta a regular distancia con la cola. Este enfermo, bastante lúcido, relaciona pintorescamente ese episodio en que tuvo dolor de vista (*Nahui-nana*) con la parálisis que actualmente tiene; y afirma conocer muchas personas que en el citado pueblo padecen actualmente enfermedad, por culpa del zorrino.

La influencia de la brujería y de las artes mágicas sobre el espíritu del indio predispuesto, se pierde en la noche de los tiempos. Desde el tiempo del inca Mayta Capac se sabe que tuvieron mucha influencia. Los historiadores hablan de una familia de sacerdotes, que tenían tal poder sobre los demonios, que obligaban a las huacas (la palabra huaca tiene muchas acepciones: ídolo, lugar, cosa sagrada) y a los ídolos a responder a todas sus preguntas. «Mayta Capac, hombre hábil, supo aprovecharse de su influencia para conservar la paz en su imperio. Esos sacerdotes se llamaban *Guácar-machi* (que hace hablar a la huaca). Otros, yamados *ayalápuc* (que hace hablar a los muertos), obligaban al demonio a entrar en los cadáveres que consultaban o en el cuerpo de los que ellos adormecían con sus sortilegios...» (22).

Se dice que el animismo engendra la brujería en primer lugar por la creencia de localización del alma en alguna víscera y por el pavor que la muerte misma engendra... Por el primer mecanismo nace el canibalismo, para destruir todo residuo del alma en algún órgano; y en el se-

gundo caso vienen las prácticas de sujetar el cadáver, para que no ejecute ningún movimiento.

Pero en el arte de aplicar esta ciencia misteriosa sobre el vulgo nace la brujería simbólica, en la que por tercera persona u objeto representativo se van a ejercitar toda la serie de prácticas, que recaen sobre la que se pretende hacer el daño. Es así como se utilizan una serie de objetos, muñecos, de prendas de la persona, y es sobre ellas que se hacen las prácticas, pinchando, deshaciendo el órgano o miembro que se quiere inutilizar.

Antiguamente, y aun ahora entre la gente del pueblo, son denominados layccas y umus (brujos, adivinos o magos) los que ejercitan el arte brujo, y los hay repartidos en buena proporción, sobre todo, en los departamentos del interior.

Escomel, que ha estudiado bien este arte mágico, clasifica la brujería en tres grupos: primero, los daños; segundo, los hechos, y tercero, las manchas o *Ccaras*. El hechizo consistiría en un muñeco de trapo, que representa a la persona a la que se va a hacer el mal, el cual es atravesado por espinas de casto o por alfileres. Si se quiere desarrollar una enfermedad en la cabeza, se colocan los alfileres en el cráneo; una parálisis en las piernas o brazos, en el sitio correspondiente. Otro sistema sería el siguiente: si se desea que el enemigo padezca dolores reumáticos o parálisis en las piernas, se procura un calcetín o media de la persona, se introduce en ella un poco de paja, y todo junto se encierra en sitio húmedo. Cuando comienza la descomposición de la paja enterrada, principian a manifestarse en la persona previamente elegida las manifestacio-

nes sintomáticas correspondientes al reumatismo o a las parálisis (baldándola o tulliéndola, en el lenguaje popular) (23).

Hay que hacer notar que Arequipa ofrece en cierto tiempo del año clima propicio para desencadenar trastornos nerviosos, sobre todo funcionales, dependientes exclusivamente del estado atmosférico. Es lo que llaman corrientemente la nevada, en que, a favor de un estado higroscópico de la atmósfera, en que hay mayores cargas de electricidad, gran número de habitantes sufren de trastornos psíquicos, de índole depresiva.

La fisonomía de la bruja acrece en poder sugestivo cuando a su rostro arrugado se añade una parálisis facial o una contractura, en algún sector del rostro. «A una bruja tuerta, torcida o jorobada se le reputa como un ser más endemoniado» (Escomel), y sus hechizos tendrán aún más eficacia.

Como hemos dicho, la actuación sobre el ser representativo del sujeto se efectúa en muy diversa forma. Así, se ven muñecos atravesados en las sienes por una espina de cactus, significando la migraña oftálmica, en el sentido de producirla; pero cuando, al revés, se quiere verificar la curación, entonces al muñeco se le extrae la espina.

El ojeo de los recién nacidos es también muy frecuente, pudiéndose atribuir a él muchas enfermedades nerviosas, incluso el tétanos producido por la caída del cordón umbilical, convulsiones, tics, etc., así como trastornos meníngeos y digestivos. Se citan casos de niños «que con sólo mirarlos han palidecido, enflaquecer y abrirseles la cabeza» (el cráneo, muriendo a los pocos días) (24).

En el Departamento de Lambayeque se citan numerosos casos de inflamaciones meníngeas o procesos más avanzados, que los curanderos y brujos pretenden curar con los procedimientos del susto y del ojeo.

En Ayacucho se utilizan para la brujería los mismos procedimientos: el muñeco de trapo, traspasado de alfileres, y por sugestión, actúa sobre el individuo; o también dan brebajes, que consisten en hierbas, cuyas propiedades no las conocen. Practican la hechicería ciertos sujetos, que viven en las afueras de la población.

En el Departamento de Junín, en un pueblecito, Hualgas, nos relató un enfermo afecto de síndrome parkinsoniano postencefalítico, que el origen de su dolencia era la brujería, practicada por su misma mujer. Le sirvió un día una «taza de te turbio», que seguramente contendría alguna hierba venenosa, y al poco rato sintió adormecimientos, náuseas y le tembló todo el cuerpo. Nos refirió que era muy frecuente la brujería, y vuelven a las personas sordas, mudas, y en algunas les producen temblor.

Es curiosa la forma como intuyen sobre si el proceso puede ser influenciado por la hechicería o si es producido por algún proceso orgánico. Se reúnen alrededor de una mesa y echan la suerte en barajas, coa o maíz, y según sea el resultado de ella, será el tratamiento empleado. De esta forma no se aventuran impunemente hacia procesos orgánicos, de los que no van a sacar ninguna gloria.

En el Oriente amazónico nos describe un padre misionero (25) las curaciones siguientes: para la cefalalgia usan la hierba Sampakiti-Pini. «Estrujan las hojas de esta hierba y gotean el

jugo en el ojo del enfermo.» Para los ataques usan el Pittirishi, arbusto que da frutos parecidos al café. «Cuando los enfermos graves entran en un embotamiento completo y se teme que sobrevenga la muerte, les dan un poco de ese latex. Por su amargor como la quina hace que el atacado se convulsione, y a veces vuelva a recobrar los sentidos.» También se administra a los niños en los accidentes de sustos y en los temblores que sufren con frecuencia en la época de la dentición.

Tal se nos presenta al estudio médico una parte del folklore peruano, reguero inagotable de empirismo y campo fecundo para los que quieran investigar sus múltiples facetas.

#### BIBLIOGRAFIA

1. Garrison Fielding (H.): "Introducción a la historia de la Medicina."
2. López Albújar: "Sobre la psicología del indio." Amauta, dic. 1926.
3. Cieza de León (Pedro de): "La crónica del Perú." Madrid, 1853.
4. Joseph de Acosta: "Historia natural y moral de las Indias", 1792.
5. Pérez Palma (Recaredo): "La evolución mítica en el Imperio del Tahuantinsuyo." Tesis de Lima. *Rev. Universitaria*, 1919.
6. Stoianoff (Prof. Dr. P.): "Le folklore médical en Bulgarie." Libro de Actas, t. II, del X Congreso de Historia de la Medicina, 1935.
7. Encinas (José Antonio): "Causas de la criminalidad indígena en el Perú." *Revista Universitaria*. Lima, 1919.
8. Romero (E.): "Monografía del Departamento de Puno", 1928.
9. Choquewanka (Domingo J.): "De la biografía

particular del indígena, que comprende sus usos, costumbres, vicios y preocupaciones." *Rev. Inca*.

10. Lastres (Juan B.): "Neuraxitis, parkinsonismo y geografía médica." Comunicación a la Conf. Méd. Nacional, enero de 1935.

11. Tschudi (Juan Jacobo): "Contribución a la historia, civilización y lingüística del Perú antiguo." Col. Urteaga-Romero.

12. Valdizán (H.): "La Medicina popular peruana" (con A. Maldonado), 1923.

13. Ver después zorrino, animal al que se le atribuyen ciertas propiedades misteriosas respecto al comienzo de la enfermedad nerviosa.

14. Frazer (James G.): "The Golden Bough", 1924.

15. Abel y Macht: "El sapo, lo mismo que el zorrino, que hemos mencionado anteriormente, tiene mucha parte en la génesis de los procesos nerviosos, así como en factor curativo. Se debería esta última a la presencia de dos alcaloides: la bufagina y la epinefrina"

16. Arteaga (H.): "El Perú. Bocetos históricos", 1928.

17. Escomel (Edmundo): "Obras científicas."

19. Oviedo (González Fernández de): "Sumario a la natural historia de las Indias."

20. Yacovleff (E.) y Muelle (J. C.): "Un fardo funerario de Paracas." *Rev. del Museo de Arqueología* Lima.

21. "Relaciones geográficas de Indias." Publicadas el Ministerio de Fomento, Perú, tomo I, 1881.

22. Cabello Balboa (R. P. Miguel): "Historia del Perú."

23. Escomel (Edmundo): "Del folklore de Arequipa." Obras científicas.

24. Granada (D.): "Supersticiones del Río de la Plata."

25. Fernández Moro (Rvdo. P. Fr. Wenceslao), misionero de Urubamba y Madre de Dios.